

finitos desórdenes, y males morales en el mundo, por los quales no solamente los particulares, mas tambien los Pueblos, y Reynos enteros quedan muchas veces envueltos en miserias increíbles, de tal manera, que acaso ninguno de los apetitos humanos, segun nos lo enseña la experiencia, se hallará mas pernicioso, y mas fecundo de desgracias que este. Y pluguiera Dios que no lo experimentase en esta era la mayor parte de la Europa, descompuesta, é inquieta por tantas guerras, cuya memoria despierta la melancolía en quien solamente oye el rumor, quanto mas en quien padece tanta calamidad.

CAPITULO XVI.

Del apetito del placer, de lo verdadero, y de lo hermoso.

§. I.

DExamos ya dicho que el placer es el distintivo del bien, ó por lo menos una de sus mas principales propiedades: por lo que, habiendo ya tratado del bien parece que no deberíamos tratar ahora del placer; con todo, usándose en los idiomas que conocemos estos términos distintos, pareciéndonos que representan ideas de diversos objetos, y que entre ellos se encuentra aquella diversidad, y diferencia que hay entre los efectos, y las causas, por tanto, séame lícito el hablar de ellos con distincion. Ni es necesario el acordarnos aquí segunda vez, que nosotros por instinto de la naturaleza apetece- mos continuamente lo que nos da placer, y gusto; pero sí debemos repetir que los placeres son de dos maneras, unos del cuerpo, y otros del alma. Por placeres del cuerpo entendemos aquellos deleytes que se producen en nosotros por medio de los sentidos, esto es, del gusto, del tacto, de la vista, del oído, y del olfato; y por placeres del alma, ó espirituales entendemos aque-
llos

llos que despiertan en nosotros la reflexión, y consideracion de tres nobilísimas fachadas, ó perspectivas que pueden presentarse á nuestro entendimiento, y voluntad, esto es, de lo verdadero; de lo bueno, y de lo hermoso. Los menos advertidos, y poco doctos no entenderán acaso lo que quiero decir en estas últimas palabras; pero si me acompañan, verán que por la experiencia saben ellos, y prueban lo que he propuesto, siendo su maestra la misma naturaleza.

§. II.

EN quanto á los placeres, ó deleytes corporales, aunque les demos este nombre, con todo, es cosa cierta que son placeres, ó deleytes del alma; y en tanto se llaman corporeos, en quanto el cuerpo experimenta su movimiento; pero el sentir la delectacion que ocasionan, propiamente pertenece al alma. Este gusto, como tambien el disgusto, puede causarse en el alma sin que el entendimiento discorra, y reflexione sobre estas cosas poco, ni mucho. Así como la leche da gusto, y placer al infante sin que él sepa el por que, ó la causa de este deleyte, y al contrario, un licor amargo le causaria disgusto: del mismo modo, á todo hombre le deleyta, y agrada este determinado licor, y este determinado manjar; y por el contrario le son desagradables los otros. Esta sensacion agradable, ó desapacible trae su origen de las leyes de la naturaleza, y de la composicion, ó configuracion de los cuerpos, y de los nervios de nuestra lengua, y paladar; y aun el mas ignorante puede, y sabe decir con presteza: esto me agrada, ó desagrada. Esta misma naturaleza, sin que ninguno la enseñe, mueve de una parte la voluntad, ó sea el apetito, ácia todas aquellas cosas sensibles en que halla gusto, ó deleyte; y de la otra parte despierta en nosotros un apetito contrario para huir aquellos objetos sensibles, que nos son disgustosos, ó desagradables. Un hombre criado en un
bos-

bosque, no habrá aprendido de la naturaleza el apetecer ó desear, sino es solamente aquello que puede deleytarle, y causarle placer; siendo semejante en esto á los demás hombres, que se crían en poblado. Si le preguntais la causa, ó razon de este su gusto, y placer, solamente responderá, que aquella cosa le agrada, y por tanto la apetece, y la busca. Hay otros objetos sensitivos, que causan placer, ó disgusto, porque á la relacion de los sentidos se une algun discurso del entendimiento, como sucede en ver un Palacio, un jardin, ó un animal, en el escuchar un concierto, ó desconcierto de instrumentos músicos, y otras cosas semejantes, que pueden muy bien deleytar, ó desagradar luego que las percibe la fantasía por medio de los sentidos: pero muchas veces agradan, ó desagradan verdaderamente, porque el entendimiento, aunque sea muy endeble, descubre en estos objetos algun orden, ó desorden. Finalmente hay otros objetos, cuya imagen trasladada á la fantasía por los sentidos, no es capaz por sí misma de mover el alma á dolor, ó alegría. Mas porque el entendimiento reflexionando sobre ella descubre la verdad, ó la falsedad, las causas, y los efectos, la bondad, ó la malicia, el órden ó desorden, y finalmente aquellas relaciones que tienen con nosotros, y con nuestras cosas: por tanto pueden producir delectacion, ó molestia, y mover sucesivamente nuestro apetito para desearlas, ó para huirlas.

§. III.

Enseñados, pues, y asegurados por la experiencia, aun desde la cuna, que con el comer, y el beber va unida alguna delectacion, y que el estar mucho tiempo sin comida, ni bebida causa dolor, y molestia, por haber regulado Dios así el cuerpo humano, para que tuviésemos cuidado de fortificarlo, y no nos olvidásemos de su conservacion por un mero descuido; ved aquí, que por un oculto impulso de la naturaleza, la qual nos mue-

ve,

ve, é incita á procurar el placer do quiera que se halle, ó pueda hallarse, nace en nosotros el apetito comun de comer, y beber. Pretende el Loke, Autor famoso Inglés pero pernicioso, en su tratado del *Entendimiento*, que no es el bien el que determina la voluntad á querer, ó desear algun objeto; pero sí el que él llama *unea siness*, palabra que corresponde en nuestro castellano á *inquietud*, *descontentamiento*, ó *incomodidad*; porque dice el citado Autor, el sentir el alma la falta de la tranquilidad, es la causa de que ella forme aquel acto de deseo, ó gana de aquel objeto mismo. Este es, dice, el grano, y peso que hace mover las balanzas del alma, las quales sin este grano continuarian en estarse quietas, y en equilibrio. Así discurre este sutil Filósofo. Y sin duda es verdad, que alguna vez la inquietud, ó incomodidad son las que determinan á nuestra alma; pero que esto suceda siempre, ni puede sostenerse, ni jamas se nos podrá persuadir. Muchas veces la inquietud, y descontentamiento nacen del deseo y no al contrario. Fuera de que cada uno puede probar en sí mismo que de quantas cosas quiere, y desea, muchas estan en la eleccion de su voluntad, sin que su alma pruebe, ó guste descontentamiento, ó inquietud alguna, que en su interior le cause molestia. Basta muchas veces la reflexion sola de que lo pide así nuestra necesidad, ú obligacion: basta el descubrir que aquel objeto, ó aquella accion sea un bien para nosotros, y que pueda causarnos placer, y que á este conocimiento se junte alguna esperanza, ó facilidad de lograrlo. Basta, digo, todo esto, sin que el alma necesite de otro muelle, ó impulso para determinarse á quererlo, y desearlo; y con toda tranquilidad, y reposo elegira por la sola determinacion de su libre albedrio, una de las muchas cosas que se le proponen al mismo tiempo. El que en el frio tiempo del invierno se levanta de la cama caliente para ir á la escuela, ó para hacer otros negocios de su casa, no siente gusto, y alegría ordinariamente; antes al contrario suele sentir

tir disgusto; y no es este ciertamente el que le determina y hace que se levante; antes bien éste disgusto, le aconseja, y persuade que se esté quieto en aquel sitio caliente; pero la reflexion de que los superiores lo mandan, que así lo pide la necesidad de la casa, ú otro motivo semejante, es la causa de que el alma mande al cuerpo, que se levante, y dexé aquel sitio; y lo mismo puede decirse de otras mil acciones. Donde domina la pasión, suele ser el disgusto la causa motriz; pero la razón sola es suficiente para movernos, sin que en nuestro interior haya alguna inquietud. ¿Y por que no será impulso suficiente el que suministra la facilidad, ó la esperanza de un placer para mover nuestra alma, puesto que la naturaleza misma ha colocado en ella una inclinacion general, y perpetua hácia todo aquello que puede causarle gozo, y alegría? Pero de esto hablaremos despues.

§. IV.

PAsemos ahora á países de mayor luz, diciendo que el espíritu, y alma del hombre tiene tambien sus placeres, y deleytes particulares, los quales no provienen propiamente de los sentidos; pero se originan de la reflexion, y consideracion de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, que se halla en las cosas; y el conocimiento, y posesion de estos objetos puede causar en nuestra alma gozo, y alegría, algunas veces mayor, mas pura, y mas noble, que la que proviene de los sentidos exteriores. En primer lugar el aprender, y saber, ó para decirlo en una palabra, el conocer la verdad, es regularmente un gran bien, porque desmonta, adorna, y perfecciona nuestro entendimiento; y desterrando de él la ignorancia, la qual entra en el número de los males, lo hace mas semejante á Dios, que es el que conoce toda verdad, y es la misma verdad en sí; fuera de que del aprender lo verdadero, pueden redundar en el hombre muchísimos bienes, y ventajas muy apreciables; y quan-

to

to mas oculto estaba esto que llamamos verdadero, ó quanto sea mas útil, tanto mayor gusto siente el alma en su descubrimiento, gozándose al ver que crece el patrimonio, y tesoro de sus conocimientos, y que todos pueden serle muy provechosos. La novedad es ciertamente un vigoroso principio para causar en nuestra alma delectacion, y maravilla, consistiendo esta en llegar á saber, y descubrir lo que antes se ignoraba. Tambien concurre muchas veces otro placer, y gusto, causado de nuestro amor propio, esto es, de ver en nosotros mismos tanta sagacidad, é ingenio, que llegamos á conocer, y penetrar lo que otros muchos no han conocido, ni penetrado; lo que nos hace parecer mas grandes en nuestros mismos ojos, y mas dignos de estimacion, de lo que nos creíamos, y consiguientemente superiores á todo el resto de los hombres, ó á muchos de ellos. Esta es la causa de que tanto se alegren los Matemáticos, y Geómetras, quando desatan algun intrincado problema, ó quando descubren alguna verdad antes ignorada. Ni hacen menor fiesta, ó celebran menos los Teólogos, los Históricos, los Filósofos, los Críticos, y todos los demas Literatos, quando despues de un profundo, y dilatado estudio ponen en claro las verdaderas razones, y causas de las cosas, que antes no se sabian bien; ó llegan á corregir los errores de otros, ó desatan dificultosos argumentos, ó sacan del pozo de su ingenio, y saber otras verdades recónditas, ó ignoradas noticias. Esta es la causa de que el hombre, aun sin saber estos principios, tenga por su naturaleza un apetito, y deseo innato de aprender, y conocer lo verdadero, habiendo Dios formado el entendimiento de esta noble criatura de tal manera, que el distinguir lo verdadero de lo falso, es, digamoslo así, su alimento, y su objeto propio; y habiendo formado la voluntad humana de tal conformidad, que ame, y desee lo verdadero como bien, aborrece lo falso como mal. Ni esto dexa de ser cierto, aun quando nuestra ignorancia, ó la malicia, y corrup-

Q2

rup-

rupcion de nuestros apetitos nos haga muchas veces aborrecer lo verdadero, y amar lo falso: porque así como el hombre jamas aborrece lo verdadero en quanto es verdadero, del mismo modo no desea, ni quiere jamas lo falso como falso, sino solamente quiere sus conseqüencias, y sus efectos. Conocemos, pues, que la naturaleza misma es el principio, y la maestra de esta secreta inclinacion, si observamos que apenas abren los ojos los infantes recién nacidos, quando comienzan á fixarlos en los objetos con una curiosidad tan atenta, que apenas se sacian, y que esta va siempre creciendo con la edad, y mientras vive el hombre no tiene fin; pues por mas que se busque, y se estudie la verdad, aun quedan otras infinitas que aprender, naciendo cada dia otras muchas, por no decir sin número, quales son las que resultan de las cosas contingentes que acaecen sobre la tierra. Ni hay que maravillarnos de que cada dia crezcan en nosotros los deseos de aprender, y saber (á lo que podemos llamar curiosidad), ni de que con tanta ansia corramos, y sigamos en pos de lo verdadero, porque para esto, y no para lo falso está hecho nuestro entendimiento; porque ninguno desea engañarse, ni ser engañado, enseñándonos no menos la naturaleza, que la experiencia, que de lo falso, y del error, ó del engañarse, ó ser engañado, pueden provenir infinitos males á las dos substancias de que somos compuestos. Si alguna vez deseamos conocer lo que es falso, lo hacemos solamente con el fin de guardarnos de ello, y de no ser engañados. Y si las fábulas nos deleytan, nace este placer de lo maravilloso que en ellas se halla, ó de la moralidad que encierran, ó de la semejanza que tienen con la verdad; pero nunca es su falsedad la que nos causa este placer.

§. V.

POR la misma razon dexamos dicho que apetecemos el bien, ó lo bueno, que es el objeto secundario del en-

entendimiento humano. Del entendimiento, digo, pues aunque se nos enseñe que el bien, ó lo bueno es el objeto, y término de la voluntad, como lo verdadero, ó la verdad lo es del entendimiento; con todo, debe admitirse por cierto, que siendo la verdad un bien, es por conseqüencia lo verdadero objeto de la voluntad, no obstante que esta no quiera lo uno, ni lo otro, si primero no lo aprueba, y propone el entendimiento, á quien pertenece este oficio, y que tiene gusto en exercitarlo. Por lo que toca al tercero, y universal objeto de nuestro entendimiento, que es la belleza, ó lo bello, y hermoso, debo advertir, que tambien ácia esto tenemos un apetito continuo, y una inclinacion innata. Por un natural instinto amamos la belleza de los cuerpos animados, sin saber por que los amamos. Preguntado Aristóteles en una ocasion ¿por que motivo gustamos de conversar con gente de bello rostro, y aspecto, y principalmente con la de diverso sexó? Respondió con prontitud, y agudeza, *que solamente un ciego podria hacer semejante pregunta*. No me meteré en definir por ahora lo bello, ó la belleza, rezelándome de no poder dar una definicion adecuada, que abrace, y haga comprender, ó formar una verdadera idea de todo aquello á que puede apropiarse la belleza, ó lo que se concibe con este nombre. Ni los antiguos Filósofos, ni Juan Bautista Manso, que en su tratado de la Erocalia trató difusamente esta materia, nos han dicho cosa, en mi dictamen, que nos satisfaga, y aquiete. Ultimamente ha tratado este argumento con mayor exáctitud Monsieur de Crousaz, enseñando que la belleza consiste en *la variedad, reducida á la unidad*. Si este Autor ha desempeñado el asunto, dexo que lo juzguen otros. Lo que es cierto por consentimiento comun de todos en esta materia, es que la belleza se halla, y puede hallarse en infinitos objetos, tanto corporales, como espirituales. La Magestuosa grandeza, ó magnitud, la proporcion de las partes, un movimiento gracioso, y bien ordenado, un color vivo, y deli-

cado, y principalmente si está bien repartido; la suavidad, y armonía de la voz, el resplandor, la delicadeza del trabajo (bien sea efecto del arte, ó de la naturaleza), la variedad, la novedad de las cosas, y otras muchas configuraciones, y qualidades, que se hallan en los entes corpóreos, que caen baxo la esfera, y jurisdiccion de los sentidos de la vista, y oído: todas estas cosas unidas, y combinadas, dan motivo mas, ó menos poderoso para que atribuyamos la belleza, y llamemos bellos á muchos objetos. De este modo, todo aquello que en sí tiene grandeza, novedad, delicadeza, y manifiesta energía, agudeza, y claridad de ingenio en algun otro sugeto, y que nos lisongeamos de tener parte en algo de ello, y aquello que nos hace ver en las producciones intelectuales de alguno brillantez, donosura, magisterio, con otras semejantes qualidades; todo esto, digo, podrá merecerles el título de bello. Lo que no puede dudarse es, que en la belleza ha de haber orden, pues en el orden consiste; y quanto mas orden se halle en las cosas, tanto serán mas bellas. Todo lo que es bello puede causarnos alguna delectacion; porque ó se nos representa como bien, ó por lo menos trae algun sobrescrito de bondad; esto es, tiene algun precio, y estimacion, ó en la linea natural, ó en la moral; y por esta razon, llamamos bello á lo verdadero, y á lo bueno; pues si lo que es bello nos causa gusto, y deleyte, conocemos que al punto nace en nosotros un cierto impulso, y movimiento ácia tales objetos, que no es otra cosa que un apetito, ó de desearlos, ó de poseerlos, el qual es mas, ó menos impetuoso, á medida de la esperanza, y facilidad de lograr su posesion. Al contrario, aborrecemos naturalmente todo aquello que se nos presenta con la librea de la fealdad; porque esta consiste en algun desorden, y este desorden lo consideramos como un mal, ó como una falta del bien; y si con todo esto alguna vez elegimos, y amamos cosas deformes, y feas, no es ciertamente porque nuestro apetito las busque,

que, y deseé como tales, sino porque en ellas encuentra alguna qualidad, ó algun principio de donde pueda esperar algun bien, y causar en nosotros alguna felicidad, deleyte, ó placer: y esto baste por ahora sobre esta materia.

CAPITULO XVII.

Del apetito de la propia estimacion, y alabanza.

§. I.

NO se puede dudar ser el hombre una admirable hechura de las manos de Dios; pero tan adornada de preciosas qualidades, que al punto se dexa conocer por la criatura mas noble, y privilegiada de quantas se ven sobre la tierra. No hay necesidad de preguntar, ó inquirir si el hombre mismo cree, y está persuadido de esta verdad. No hay hombre alguno que no tenga dentro de sí un eloqüente maestro, que le está enseñando esto mismo. Sea ignorante, ó docto, sea de tardo, ó delicado ingenio, cada uno se estima en mucho, y se persuade que no debe ceder en mérito, talento, é ingenio á ningun otro. De aquí nace que *entre todos los oficios es el mas facil el de aconsejar á otros*; porque la enfermedad de creerse cada uno gran cabeza, es entre los hombres muy contagiosa; bien que nos diga Meser Francisco Petrarca, y antes nos lo dixo el Espíritu Santo, que el número de los necios es infinito. Hablando aquí del hombre, todos saben, que intento comprehender tambien á las mugeres: ni debe preguntarse si estas tienen estimacion de sí mismas; porque sería lo mismo que preguntar si el fuego produce frio, ó calor: ni tampoco digo solamente que el hombre se estime á sí mismo como hombre; esto es, como superior en su género á las criaturas irracionales, que habitan este globo terraqueo, por-